

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit esse sufficiens ad non solvendum dicere; non est argentum neque pecunia, anathema sit.

Si alguno dijere que es suficiente descargo para no pagar á nadie el decir, no hay un cuarto, le planto un pu-yazo á lo Sevilla (1), que le desjarreto.

CONC. 2. GERUND. CAN. 6.

EL QUE NO TENGA DINERO
QUE PONGA AQUELLO POR CANDELERO.

Es una verdad innegable que así como en casa llena luego se guisa la cena, en casa de poca havi-

(1) Sevilla es un picador de esta corte que se las apuesta á pujanza á los toros.

na hay poco pan y mucha riña. El resultado es que nuestra caja de Pandora, que la causa principal de nuestras peloterías es que á nadie se atiende, que á nadie se paga; y á nadie se paga porque no hay dinero. Yo quiero creerlo así, porque así lo dice el gobierno. Pues bien, señor gobierno,

el que no tenga dinero
que ponga el C.... por candelero.

No hay que murmurarme la espresion en puntos suspensivos que está antes del candelero: así le llama la Academia de la lengua, y en materia de nombres, aunque sea de las partes menos decentes, hay que pasar por lo que diga la Academia. Y sinó todo se compondrá quebrándoles á vds. un pie, esto es, hacienda un pie de verso quebrado; de este modo:

El que no tenga dinero,
que ponga por candelero
el trasero.

O de este otro: vds. escogerán.
Quien no tenga monetario,
que ponga por relicario
el tasanario.

Buscando andaba mi gerundiano majin, es-
cudriñador de antigüedades, el origen y sig-
nificación del adagio castellano que acabo de citar
y parafrasear, porque ya se sabe que los adagios
de algo nacieron y algo significan, cuando étele
que pasando un día por la calle de Barrio Nuevo

me dió gana de echar mano á un libro viejo de esas bibliotecas humildes de la corte que andan tiradas por el santo suelo; y por cuánto á este libro no le dió gana de ser italiano, y cate vd. que por casualidad acerté á abrirle por donde decia: «habia antiguamente en Roma este proverbio vulgar: *solvere aut in aere aut in cute*;» que traducido al lenguaje proverbial castellano, equivale á decir:

el que no tenga dinero
que pague con el trasero.

Tate! dije yo: pues dí precisamente con la horma de mi zapato. Busqué en seguida el origen de aquel refran en Italia, y hallé que según se referia en el susodicho libraje, era costumbre en la antigüedad en aquel pais, que cada negociante tubiese su banco en la plaza del mercado, que es como quien dice en la bolsa de la casa de Filipinas aqui en Madrid. Y cuando alguno se perdia en sus negociaciones por la mala administracion de su caudal y no le quedaba para pagar á sus acreedores, se le rompía ó quebraba su banco, que era lo que se llama declararle *en quiebra*, ó hacer *banco-rotto*, ó *banca rota*: en cuyo caso ellos se echaban la cuenta del perdido diciendo: *banca-rotta é la giustizia non impicar*. Pero no paraba en esto la cosa, sino que se les obligaba á sentarse en la plaza con el trasero desnudo sobre una piedra delante de todos los comerciantes, que era verdaderamente lo que

nosotros llamamos, poner *aquí* por candelero.

Ahora bien, hermanos: nuestros ministros no pagan; y nuestros ministros no pagaban, y nuestros ministros no pagaron, y nuestros ministros no pagarán: ¿y por qué? Porque no tienen dinero. ¿Y por qué no tienen dinero? porque no administraron bien el que tenían; porque hicieron *banco-rotto*, como dicen los italianos. ¿Y por qué estamos así? Porque ha pasado siempre con decir «no hay dinero;» porque á ninguno se le ha obligado á poner *el otro* por candelero.

Señores, cuando hablo así, no sean vds. tan materiales que entiendan que Fr. Gerundio exigiría el espectáculo de un candelero ministerial de esta clase, el cual ni sería muy divertido, ni estaría en armonía con nuestras costumbres. El verdadero candelero ministerial sería una responsabilidad estrechamente tomada por la nación ó sus representantes: responsabilidad *efectiva* de su administracion, máxime de la administracion ó inversion de las contribuciones y sacrificios pecuniarios; responsabilidad que alcanzase á cuantos manejan los caudales públicos. Contentémonos con que nos digan «no hay *cum quibus*,» y vanas y sin fruto serán siempre *nuestras voces*.



EL PAPA, EL SULTAN, Y LAS DOS VIEJAS:

Ó SEAT

OTRO POCO SOBRE NUESTRA TONTERÍA.



Todavía no he perdido las esperanzas de ver á los galgos bailar amistosamente fandangos y boleras con las liebres por esos campos de Dios: aun espero ver á un lobo ocuparse en espulgar con esmero a una corderita, matándola con el mayor tiento las liendres para no lastimarla: y tengo confianza de ver no tardando echarse juntos la siesta los gatos y los ratones, y aun abrazarse y besarse, si se apura un poco la materia. Si señor: pienso ver todó esto, y no pienso ver jamás unidos á los liberales de España. En fin, señores, hasta el Papa está entablando ahora relaciones amistosas con el Gran Turco, y los partidos liberales de España siguen tirándose al degüello. Su Santidad Gregorio XVI y el sultan Mahamud II se están tendiendo una mano amiga, y en una lista de suscripcion de Madrid se llaman los progresistas *enemigos irreconciliables* de los moderados. El jefe de la iglesia católica apostólica, romana, acaba de obsequiar á un enviado del sucesor de Mahoma, á un adorador del Alcoran, á un em-

bajador del príncipe de los musulmanes; y los españoles amantes de una misma Reina, de una misma Constitución, é hijos de una religion misma, continúan desgarrándose unos á otros desconsoladamente; la cruz y la media luna, el evangelio y el Koran, el anillo del pescador y la cimitarra tratan de altarse para hacer el bien; y los partidos liberales que no tienen mas que un libro y una bandera prefieren atraerse el mal á tratar de alejarle siguiendo unidos aquella bandera y aquel libro: y para mayor mengua y bochorno suyo, ahora han acabado de acalorarlos perdidamente..... ¿quienes? *Dos pobres viejas*; si bien dignas de compasión por su suerte, y mucho mas si acaso la balanza de la justicia se ha torcido algo para ellas, pero que no debían ser el miserable móvil del encarnizamiento de los dos partidos.

Bien decías tú, mi amado Tirabeque, que tanto se iba enrescando la cosa de las viudas, que ya no faltaba mas que celebrar un congreso general de testas coronadas para tratar del negocio de las dos viejas: ya ha logrado uno y otro partido que una persona angusta figure en esta farsa; en esta farsa, sí, en esta embrolla: y no hay que picarse de que así la califique, porque al menos de parte de un partido innegablemente lo es; no sé cual de ellos, aunque lo sospecho; y quien sabe si ninguno de los dos podrá decir en este negocio: «pura estoy y no hay en mí la mas

ligera mancha» ¡Ay Tirabeque, Tirabeque! bien decías tú.

¿Llamaba vd., señor?—Hombre, no; pero me alegre que hayas venido. Estaba pensando en esta trapisonda de las viudas de Comares, que ya va un poco cansada la fiesta, y no sé qué hiciéramos para cortar este desagradable incidente que tan divididos tiene á los dos partidos liberales. ¿Qué te parece que haríamos, Tirabeque?—Señor, eso es muy fácil cortarlo.—¿Qué me dices, hombre?—Señor, lo dicho. Si ellas fueran buenas mozas, bien sé yo lo que había de hacer, aunque uno y otro chilláran. Pero siendo viejas, es todavía mas fácil componerla.—¿Pero cómo, hombre?—Señor, ¿ellos no las quicren ambos?—Sí.—Pues que se queden uno con una y otro con otra y *laus deo*.—Ven acá, Pelegrin mio, dame esos cinco: has sido un Salomon en la sentencia del niño de las dos madres. Eres tu mucho lego, vamos.—Señor, así una cosa regular.

Un suspiro.

Tentaciones me dieron el otro día de alumbrar un bofetón a un muchacho que venia pregonando

por la calle «á cuarto suspiros de monja, á cuartito.» ¿Quién habrá sido el bribon menguado (dije para mí con indignación) que se atrevió á tasar un suspiro en un cuarto? ¡Un suspiro que es hoy día es una ley! si señores, una ley; porque es la expresión de la voluntad general, de la nación es la expresión de sus necesidades; un suspiro es un pronunciamiento, sino glorioso, al menos muy sentimental, y de un patético sublime: de un patético, semejante al que los retóricos encuentran; en aquel hondo y lastimoso suspiro que despidió nuestro Redentor desde la cruz, seguido de aquella triste palabra «*síto! tengo sed.*»

¡Y que me quieran decir á mí que aquel suspiro no valia mas que un cuarto! Pues bien: ¿qué otra cosa es hoy el suspiro de una monja sino la expresión de necesidad, un emblema en que sale envuelto el sentido de esta breve y significativa oración: *tengo hambre: esurio?* Y esta frase sublime: este compendio de elocuencia famélica no vale mas que un cuarto? Pues esa, esa misma frase es la expresión de la voluntad nacional; para mí el espíritu, el verdadero pronunciamiento de la nación es un hondo y prolongado suspiro que sale de lo íntimo de sus entrañas y dice ¡¡¡ay!!! que hambre!!!!

Y cuidado, señores, que esta no es un hambre alegre y llena de esperanzas como la del poeta D. Isidoro en la ópera de Coradino que después de una larga exclamación «¡ay que hambre!»

que dá lugar al arco del violin acompañante para correrse de punta á cabo por el baidou, prorran-
pe en aquel alegre bullicioso

Mas este castellaano
será de larga manaaano;
Don I-sido-o-ro ale-e-gre
prepã-a-rate á bailar, si si sí.

El hambre actual española no inspira tanta confianza, porque, aunque tenemos de ministro de Hacienda á un asturiano de tan buenos sentimientos como el castellano aquel, no podemos decir con D. Isidoro.

Mas ah que este asturiano
será de larga mano &c.

Y en vez del *prepárate á bailar* me parece que podemos decir *prepárate á rabiar*, con la esperanza de poder aplicar el mismo estrivillo al que venga tras de él; lo cual no deja de ser divertido y consolador.

¿Pero no es buena manía la que yo tengo de hacer de cualquier cosa un artículo de política? Quele sentado pues que un suspiro del género famélico no puede ser tasado en un cuarto, de lo cual da muestras de estar convencido el gobierno, porque aunque vea que se nos sale el alma en suspiros, *no da un cuarto por todos ellos*; y consideremos el suspiro, ya que nos hemos puesto, como espresion de la sensibilidad.

Si supiera yo que un suspiro mio en este sentido se tasaba en un cuarto, me pegaba los labios con encarnacion ó con cola de retazos de guantes. Un suspiro no tiene precio, no basta todo el oro á pagarle, es de una apreciacion infinita; ¡cuántas veces es el signo pronóstico de una felicidad perdurable! ¡cuántas el precursor de una conciliacion descada! ¡y cuántas el nuncio de una pasion naciente como una chispa imperceptible que ha de venir á hacerse un Vesubio! No me dejes mentir, jóven romántico, el de la larga cabellera; has de ser ingénno. ¿No es verdad que no vale un pepino el tan decantado suspiro que despidió Alejandro cuando le dijeron que aun le quedaban otros mundos que conquistar, en cotejo del que se arranca del crater de tu pecho, cuando confias al arroyo ó á la selva entre las brisas de la mañana, los silvidos de los vientos, ó la detonacion de horrisona tempestad los desdenes del angel de tus amores, de la virgen celestial en qu en adoras? ¿Con qué se paga aquel primer suspiro que sale de la boca de una beldad orgullosilla ó tímida, aquel primer suspiro arrancado por un amante derretido á fuerza de lagrimones y ternezas, á fuerza de odas y de romances, y que parece decirle á imitacion del apóstata Juliano «*Venciste, ó Galileo, venciste?*» Con nada, porque nada hay que pague la felicidad que divisa el amante trovador por entre la nubecula de vapor de aquel suspiro.

El lenguaje de los suspiros es el mas elocuente que yo hallo; el mas espresivo; el mas compendioso y el mas fuerte; es el idioma de la naturaleza sensible; escusado es buscar palabras que den fuerza á un diálogo de suspiros; cualesquiera que fuesen la debilitarian. Cuando yo pienso en la fuerza y efectos de dos suspiros que se encuentran, no me cuesta trabajo creer en el galvanismo; y la columna de aire de un suspiro es no pocas veces un ariete que derriba el bronceado muro de un pecho al parecer inconquistable. Sin embargo un diálogo de suspiros, cuando no les siguen de cerca las realidades de lo positivo, no deja de tener algo de ridiculo, y lo hallo muy parecido las simpatías de Mr. Molé. Por eso hay muchos que en materia de suspiros dan la preferencia á los de á cuarto, esto es, á los que vendia el muchacho de mi artículo, que á mas de ser dulces alimentan.

Si quereis saber mi opinion en la materia, os lo diré con mi natural ingenuidad; yo aprecio los suspiros como á embajadores que ofrecen una cooperacion franca, directa, activa y eficaz de parte de una potencia con quien desee entablar alianza: en este sentido son para mi de un valor infinito; de otro modo no doy un cuarto por ellos.

Este artículo, amables lectoras, podia ser de cualquiera: pero sabed que es de uno á quien vosotros habeis costado algunos suspiros, y que ahora suspira por acertar á daros gusto en sus

escritos: es en fin... ¿De quién ha de ser?—De Fr. Gerundio.

Cuando la barba
de tu vecino
vieres pelar,
echa la tuya
a remojar:
á remojar,
echa la tuya
á remojar;
síiiii, sí;
á remojar.

Señor, aquí esta ya la bacía con el agua caliente y el jabon; puede vd. echar á remojar la barba cuando guste: y despues diga vd. que Tirabeque no es prevenido.—¿Pero cómo es eso, si hoy no es dia de barba?—Señor, en estas cosas déjeme à mi obrar, que asi faltaré yo no punto á lo que es de mis *atribuciones* como faltar á misa. En cuanto vi pelar la barba del vecino, dije, «pues voy, voy al instante á llevar agua al amo para que remoje la suya á su gusto y sabor.—Enigmático estás Tirabeque, y alegórico eu demasía. ¿Qué quieres decir con eso de mi barba y la del vecino, y esos preparativos, y esa cancion que vienes entonanda?—Sí, que vd. no lo sabe, señor. Remójese,

remojese y no se haga de nuevas, que su cofrade el director del Hablador y del Patriota ya va hecho un guirifalte camino de Santander, y desde allí me lo enveredarán á Francia. Si señor; y yo estoy viendo como el dia menos pensado viene el Tirabuzo del gefe político, y le dice á vd. «Fr. Gerundio, á la puerta queda un coche esperando á su Paternidad por orden del señor gefe, el cual le llevará á su reverencia con toda seguridad de aquí á los *Cartones Sucios*.—*Los Cantones suizos*, dirás.—Señor no se ande ahora reparando en una letra; y dese prisa á remojár la barba, que no se sale cuando le llegará su hora: y entre tanto mire cómo escribe, no la haga venir mas pronto.—Pues si por escribir es, ya puedes traer otra bacía para tí, y vete remojando la tuya, porque tengo para mí que me habias de acompañar en el coche cómo acompañó Sancho á su amo don Quijote por los aires en el Clavileño. Con la ventaja que en el coche no te lastimarias las posas como Sancho, del cual cuentan que se le escocieron bastante con la dureza de las ancas de aquel caballo.—Señor, yo si le acompañaba á vd. seria por pura devocion; lo demás ¿qué culpa tengo yo de las cosas que vd. dice?—Ah bribon destenguado! ¿Con que eres tu el mas atrevidillo y picante, y ahora te quieres llamar andana, hé?—Señor, si es vd. el que me hace decir las *picaduras*. . . . Y por último llegado ese caso ya me formarían causa, y yo sabria defenderme.—Ah pobre mentecato! De formación

de causa hablas en estos tiempos excepcionales! Inocente, inocente!—Señor, á mi no me venga vd. con *escisiones*. ¿No rige la Constitucion? Yo se la enseñaria á esos guapos; y sino traiga vd. la llave de este cajon, que aqui está, y vd. verá lo que dice. Pues qué ¿no hay mas que atropellar la gente asi como quiera? Al que sea malo que le ahorquen; pero abórquese como Dios manda. Vah, vah, ¿donde estamos?—Pues mira, esos son los golpes que honran á una autoridad; el castigar con formacion de causa, es cosa ya muy vulgar.—Señor, á mi déjeme vd. de cuentos. La Constitucion ¿rige ó no rige?—De modo que una medida gubernamental....—Pero señor, rige ó no rige?—Y sobre todo, si tu fueras extranjero como el director del Patriota....—Señor, á mi me han dicho que tenia ya *los derechos*, y que habia sido *elector* de las *elecciones*.—De todos modos cuando se sospecha que se ataca al orden público....—Señor, eso ya es mear fuera del tiesto, y perdómene la expresion; y despácheme luego, y dígame si rige ó no rige la Constitucion.—Anda, preguntásele á ellos con mil diablos, y déjame en paz.—Pues bueno, se lo preguntaré. *Pregunto: ¿rige ó no rige?*